

NIÑOS DE LA BIBLIA.



BOOZ PRESENTA Á RUTH Á LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

XIX.

RUTH.

Era la época en que las espigas del trigo, doradas por los ardientes rayos del sol del estío, se inclinan sobre sus tallos con el peso de los granos sazonados que han de servir de premio á las improbas tareas del labrador. Todos los de la campiña de Bethleem, mirando con satisfacción aquella riqueza con que la tierra recompensaba

sus afanes, se lanzaban ya con la hoz en la mano á cortar las espigas, y los criados y dependientes del rico Booz eran los primeros que desde el romper del día empezaban á segar en las vastas tierras de su amo. Era aquel un singular espectáculo de animación en que la comun alegría hacia mas llevadera la pesadez del trabajo. Los activos segadores, diseminados en cuadrillas y marchando casi á la par, abatían las espigas entonando alegres cantares, mientras que varias pobres mugeres los seguían á corta distancia, recogiendo con avidez las espigas que se esca-

Julio de 1818.

TOMO II. 13

paban de las manos de los que formaban las gavillas.

Detras todavía de las espigaderas, y como si temiese mezclarse con ellas, apareció en el campo de Booz una jovencita, tan bella como modesta y ruborosa, que se atrevía apenas á levantar las espigas que las otras iban olvidando. Sus facciones poco tostadas del sol y la timidez con que ejercía aquel oficio, indicaban evidentemente que era la primera vez que se dedicaba á él. Todas estas circunstancias llamaron la atención del mayordomo de Booz que presidía á las labores del campo y que era el jefe de todos aquellos trabajadores. Después de haber contemplado á la muchacha por un breve rato, se dirigió paso á paso hacia ella, que observando este movimiento, se puso encarnada como una amapola, dirigió al mayordomo una mirada tierna y suplicante y estendió hacia él su mano llena de espigas, como si quisiese devolvérselas. Tranquilizola al instante el israelita, diciéndola:

—Nada tienes que temer: recorre todo el campo en busca de las espigas. ¿Pero por qué no te juntas con las demás mugeres? (Si vas tan lejos de ellas apenas hallarás que recoger!)

—Yo soy estrangera en este pais, y tal vez aquellas mugeres me rechacen de su lado.

—No: en el campo de Booz hay sitio y abundancia para todos. Los dorados granos de sus mieses, los frutos de sus arboles y la leche de sus rebaños están siempre á disposición de los necesitados; porque mi amo, tan rico como es, no por eso deja de ser el mejor amigo de los pobres; por eso Dios le colma de felicidades.

—¿Es Booz el dueño de este campo? preguntó muy conmovida la jóven, pues por las relaciones de su madre sabía muy bien que Booz era tal vez el pariente mas inmediato que ellas tenían en toda la tierra de Bethlehem.

—Todo cuanto alcanza tu vista pertenece al rico y bondadoso Booz; y tú jóven ¿cómo te llamas?

—Yo soy Ruth, la hija de la desventurada Noemi....

—¡Ah! esa anciana mohabita que ha-

ce poco ha llegado á nuestras tierras?

—Yo soy la mohabita; en cuanto á mi madre ha visto la primera luz en estos mismos campos de Bethlehem.

—¿Y sin duda es para tu madre para quien recoges esas espigas, y por ella has emprendido tan penoso trabajo?

—Mi madre no tiene mas consuelo que yo en el mundo, ni mas amparo que el de las almas generosas que saben compadecerse de los desgraciados. Por esta madre querida sufriría yo gustosa todos los trabajos y fatigas del mundo.

—Todo eso está muy bien, contestó el mayordomo de Booz, cada vez mas interesado á favor de la jóven: toma para que se lo lleves á tu madre.

Al decir estas palabras arrojó en el regazo de la jóven un buen brazado de espigas que consigo llevaba, y como Ruth muy admirada le dijese ¿qué haceis, señor?

—Nada, contestó él, eso solo significa que la Providencia cuida siempre de los niños que amparan á sus padres en la vejez.

Un murmullo y movimiento de respeto entre los trabajadores anunció entonces la llegada de Booz que venia lentamente por en medio de ellos como inspeccionando sus respectivas ocupaciones. Sin embargo de que tenia todo el aspecto y la gravedad de un anciano y de que su barba venerable empezaba á blanquear, sus facciones revelaban la robustez, y su andar firme y erguido continente, una energía superior á sus años. Quedóse admirado á vista de la estrangera cuando estuvo á poca distancia de ella, y preguntó á su dependiente quien era aquella jóven.

Entonces el mayordomo le refirió cuanto acababa de saber, realizando en sencillos pero apasionados términos, así la tímida modestia como el amor filial de Ruth, mientras que esta jóven permanecía con los ojos bajos, encarnada como una rosa y sin atreverse á mirar á Booz.

Acercóse éste á ella con una espresion de paternal bondad y exclamó:

—¡Que el Ser Eterno te bendiga, hija mia! Coge en mis campos cuanto

quieras, pues en nada disminuirás mis riquezas. Además, los pobres tienen un derecho á disfrutar el sobrante de los bienes del rico.

Apartándose de allí para evitar la respuesta de Ruth, que aunque alentada con sus palabras todavía no acertaba á contestar, se llegó hacia los trabajadores y les dijo en voz baja:

—Dejad caer á propósito algunas espigas para que las recoja esa jóven. Si no espantamos á las aves del cielo que vienen á aprovechar los granos dorados que maduran en nuestros campos, menos podremos ahuyentar á esa hermana nuestra que imita á los pajaritos del cielo.

Cuando llegó la hora en que los segadores enjugaban el sudor de su frente, descansaban por algun tiempo y disfrutaban su frugal comida, Ruth, convidada por orden del amo, tomó asiento en medio de ellos y participó del banquete, aunque reservando para su madre la mejor parte de lo que á ella le cupo en suerte. Noemi, al saber todo cuanto le habia acaecido á su hija, al considerar la ternura que habia sabido inspirar á Booz, y al imaginar y dar por hechos los lisongeros sucesos que de aquí podian seguirse, creyó que sus dias infaustos ya eran pasados, y que el Señor queria poner á todos ellos un dichoso término. Dió, pues, gracias á Dios é instruyó á su hija de todo cuanto debia hacer para conquistarse el afecto de Booz y disponer su corazon á favor suyo, y cuando creyó que estaba ya conseguido este resultado, y como si cediese á una inspiracion del cielo, ordenó á Ruth, que declarase á Booz que no solo era de su mismo linage y estirpe, sino que era la nuera de su cercano pariente Elimelec. Hízolo así Ruth, aunque con su timidez natural, en una nocturna y secreta entrevista que tuvo con el bondadoso Booz, y los resultados acreditaron que á los hijos siempre les está bien obedecer lo que les mandan sus padres, por mas que no comprendan los motivos que ellos puedan tener para imponerles ciertas órdenes.

Pocos dias despues de este suceso, Booz, llevando á Ruth de la mano, se

presentó delante de los ancianos del pueblo de Israel y les dijo:

—Bien sabeis cuales son las leyes del pueblo de Dios que nos mandan elegir esposa entre la desconsolada viuda ó la huérfana de nuestro pariente mas cercano. He aquí á Ruth, la hija de Elimelec mi próximo pariente: sed testigos de que la tomo por esposa para que de este modo vuelva á recobrar todos los derechos de su familia. Para honrar mi vejez, y para dispensarme los cuidados que ella reclama, ninguna mas á propósito que esta piadosa jóven, que ha sabido renunciar á su pais y á sus costumbres, para seguir á su madre y participar de su miseria.

Los ancianos del pueblo contestaron unánimes:

—Cúmplase como tú lo deseas, y el Dios justo haga que Ruth cause la felicidad de tus ultimos dias.

Booz puso á la bella jóven á su lado en su carro, y lleno de alegría, volvió con ella en triunfo á sus posesiones, donde sus amigos, sus numerosos criados y dependientes, que ya habian previsto aquel suceso, salieron á recibirlos dejando traslucir en sus semblantes el júbilo de que estaban animados. Ruth al experimentar toda la realidad de su dicha sentia una agitacion que la hacia parecer mas hermosa é interesante. Por esto cuando Booz con gozo indefinible, les gritó:

—¡Esta es mi esposa!

Estalló una estrepitosa alegría, y los saludos y los aplausos fueron exclusivamente para la nueva señora de todos.

Si; aquella misma jóven que habia llegado pobre y desconocida era ya la esposa acatada del hombre mas rico de la comarca, habia vuelto el bienestar y la paz á su madre Noemi, ya reconciliada entre los suyos, y habia disipado todos los pesares que oscurecian su frente; admirable leccion! pues no puede ponerse en duda que la piedad filial de Ruth fué el origen de las bendiciones del cielo y de la dicha de toda su vida.

F. FERNANDEZ VILLABILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.



VISTA DE BARCELONA DESDE LA PARTE DE TIERRA.

WALIA.

II.

A los pocos días de la muerte de Sigerico, recorrieron los godos las calles de Barcelona llevando sobre el paavé a Walia, noble y valeroso capitán godo en quien había recaído la elección de la corona. Era Walia hombre de hermosa presencia, y de un talento tan distinguido, que el pueblo aplaudió unánime, fuese él y no otro, quien gobernase la España. Fija su mirada en la catástrofe de sus antecesores, procuró complacer á sus vasallos, no admitiendo con los romanos ningún ge-

nero de concierto; y así, lejos de aceptar la paz con que aquellos le convidaban, aprestó una poderosa armada y emprendió una expedición contra las provincias romanas del Africa; mas á pesar de su buen deseo una furiosa borrasca dispersó sus naves, destruyendo con tan inesperado contratiempo las esperanzas del triunfo que ya conceptuaba seguro para sus armas.

Pronto llegó á las Galias la noticia de tan fatal desastre, y es opinión que Constancio, general de Honorio que allí mandaba, supo este acontecimiento con regocijo estremado, creyendo que este mal precedente de Walia, era una justa permission de los cielos que querian la victoria del decadente imperio romano; y alentado con tales persentimientos, convocó á sus hues-

les, arengólas con fuego y marchó en son de guerra contra los godos hacia las cercanías de los Pirineos. Pero Walia tan enérgico como avisado en momentos de apuro, juntó las tropas que le habían quedado del anterior descalabro, y antes que esperar á su contrario, voló á su encuentro, dando á entender así, que los reveses de la fortuna no amenguaban su valor, sino al contrario, le alentaban para ejecutar designios mas levantados.

Llegó el día en que ambos ejércitos se encontraron frente á frente, y Constancio, conociendo la animosa disposición de sus enemigos, temió travar la lucha, y enarbolando la bandera de paz, pidió por medio de emisarios celebrar una entrevista con Walia, antes de venir á las manos con enemigo tan respetable. El monarca godo, que no era menos político que guerrero, aceptó la petición de buen grado, y se dispuso á recibir al gefe romano con toda la cortesía que es consiguiente á un caso de tal naturaleza. Avistáronse los dos caudillos, dióse segunda vez la señal de paz por uno y otro bando, y el romano dió principio á su plática de la siguiente manera.

—Jamás presumas, valeroso rey, que esta tregua la dictaron ni el temor ni la cobardía. Roma es testigo de mis hazañas, tú tampoco desconoces mi valor.

—Omite, contestó Walia, esos preámbulos tan molestos como excusados. Ambos nos conocemos, para dar principio á nuestra plática recomendando nuestra bravura en los combates.... Dime, pues, el objeto de esta entrevista que has solicitado.

—Fuerza es confesarte, querido Walia, que al dirigir mis armas contra ti, mas que á impulsos de castigar tu atrevimiento, he obrado á los delamor; mas limitado fué mi deseo en destruirte que en hacerme dueño de Placidia, la viuda de Ataulfo, cuya mano me ha ofrecido el emperador. Dame á Placidia, acepta la paz que en nombre de Honorio te propongo, y prométeme ir á guerrear contra los suevos, y demas pueblos bárbaros que ocupan el territorio español, y nosotros, no solo per-

maneceremos neutrales; sino amigos vuestros.

Walia conocia las ventajas del concierto, pero recordaba que estas proposiciones habían causado la muerte de Ataulfo, y por eso antes de empeñar su palabra en aceptar semejantes condiciones, dijo que primeramente lo consultaria con sus soldados.

Fué menester que el rey godo, emplease todo su saber y maña para seducir á un ejército que no queria la paz con los romanos; pero Walia confiando en su talento, llamó á sus tropas y les dirigió este singular y cauto razonamiento.

—¡Valientos godos! desde el Septentrion hasta los mas remotos confines de Occidente, hemos ondeado el pendon de la victoria. Los caudillos mas formidables y temibles de todas las naciones, han conocido á su pesar su mengua y descrédito ante la invencible pujanza de nuestros aceros. Pero hoy necesitamos mas que nunca dar muestras, visibles de nuestro arrojo: los alanos, los vándalos y los suevos, han formado causa comun y se aunan para acometernos por la espalda, en tanto que los romanos nos batirán de frente. A vosotros, mis valientes, toca preferir el enemigo con quien primeramente hagamos experimentar el poder de nuestros brazos. Al teneros á mi mando confio en la victoria, sea cual fuere vuestra eleccion; si á mi solo perteneciese esta resolucion, antes que nada me acordaria que soy vuestro rey, y sin dar oidos mas que á mi valentia, escogiera para el combate al contrario mas temible, y en su consecuencia al mas digno de disputarnos la victoria. Los romanos.... ¿qué son hoy los romanos? ¿qué otra cosa merecen que nuestro desprecio? ¿A qué malgastar un tiempo tan precioso con esa turba de cobardes? Mas debe cifrarse nuestra gloria en despreciarlos que en vencerlos.

Este discurso produjo en el ánimo de los godos el efecto que Walia deseaba, pues viendo halagadas sus principales pasiones, prorrumpieron en entusiastas aclamaciones y desearon el momento de marchar contra las

huestes de los bárbaros; mas antes quiso el rey dejar cumplido en todas sus partes el tratado de los romanos, y dirigiéndose á la torre donde Placidia se hallaba encerrada, entró en su aposento y la encontró triste y llorosa.

—Señora, la dijo el monarca; ya es tiempo de que dejes de sufrir las consecuencias que llevan consigo el haber sido la esposa de un rey aborrecido. Yo vengo á enjugar tus lágrimas devolviéndote la libertad.

—¿Cómo! preguntó Placidia sobresaltada; ¿voy á salir de esta torre?

—Sí, Placidia contestó el rey.

—Dudo de tu bondad.....es un ardid que inventas para sacarme de mi encierro sin que yo oponga resistencia; lo comprendo. ¿No estais aun satisfechos?... ¿Aun quereis esponderme á mayores escarnios?... Aparta, que estoy recordando con horror el terrible día en que presencié el asesinato de mis hijos, aquel en que el cruel Sigerico me llevó entre la multitud, descalza, para servir de ornamento á su proclamación...

—Basta, Placidia, interrumpió Walia; no supongas á mi nobleza semejantes actos de inhumanidad. Eres libre, yo te lo juro por la sangre goda que corre por mis venas.

Placidia miró atentamente el rostro de su interlocutor, y observó cierto signo de verdad en el acento grave de sus palabras; creyóle al fin, y cogiendo la mano que el godo la ofrecía, salió de aquel recinto menos pesada. Vió á la puerta de la torre una carreta tirada por cuatro buyes lujosamente engalanados.

—Sube, Placidia, dijo el rey señalando á la carreta.

—¿Dónde me van á conducir?

—A orillas del mar, donde una embarcación te espera para trasportarte á Roma, á fin de que des la mano á Constancio, tu prometido esposo.

—Juro á los cielos, que no te creí tan humano.

—Sé feliz. no te detengas, sube.

Placidia subió á la carreta que acto continuo comenzó á caminar con dirección á la orilla del mar, escoltada

por muchos godos de á caballo. Llegados á las márgenes del mar, bajó Placidia de la carreta y entrando en una pequeña barca, fué inmediatamente llevada á otra embarcación mayor, que al punto empezó á bogar con la mayor rapidez.

Después que Walia dió este importante paso, y vió que no había producido ninguna consecuencia desfavorable á sus proyectos futuros, tornó á convocar á los nobles mas principales, y les indicó cuanto convenia marchar sin demora contra las fieras tribus del septentrion, establecidas á la sazón en tierras que solamente á los godos pertenecian. «Después, cuentan que dijo, una vez sometidas esas naciones bárbaras, volveremos nuestras armas contra Roma, cuya victoria nos garantizará las muchas que habremos obtenido de los suevos, vándalos y alanos.»

Y es la verdad, que tal era el designio del valeroso rey, aun cuando mediaba un solemne tratado de paz entre ambas naciones; pero Walia conocedor de las ocultas intenciones de Honorio, no titubeó en aceptar el dicho tratado.... «Quieren los romanos, decia Walia, que yo destruya á los bárbaros con mis propias armas, para después caer sobre nosotros en viéndose desembarazados de esas tres naciones; yo tambien quiero que ahora sean ellos mis auxiliares para abatir el poder de tan temibles contrarios, que luego yo encaminaré á mi gente contra las provincias que los romanos poseen en España.» He aquí como Walia y Honorio se ocultaban reciprocamente sus pensamientos, siendo este proceder achaque comun de hombres llegados á tal altura.

Por fin llegó el día en que los instrumentos de guerra anunciaron á los godos que era llegada la hora de hacer ver al mundo entero que sabian sostener con las armas lo que aseguraban con las palabras; púsose Walia al frente de su numeroso y disciplinado ejército, que salió á campaña entusiasmado y deseoso de sangre enemiga. La primer furia de la tempestad cayó sobre los vándalos, que á pesar del extraordinario valor con que pelea-

ron y defendieron sus moradas, fueron al fin derrotados y puestos en la mas grande dispersion, viéndose precisados, no encontrando guarida donde acogerse, á buscar un refugio entre los suevos de Galicia.

Este singular trofeo, alentó á los vencedores, que sin descanso quisieron proseguir la empresa que habian comenzado con tan brillantes auspicios, y así no fué necesario al rey recordar á sus tropas, que aun quedaban enemigos que someter; al contrario, la voz de guerra y matanza resonó unánime en el campamento de Walia, y este lejos de detener el torrente, aplaudió gozoso el deseo de sus acaudillados, y se dirigió contra los alanos de Lusitania. Tampoco esta nacion cedió en arrojo á la anteriormente vencida: entró en la liza animosa y resuelta, y en mas de una ocasion observó el rey godo que cejaban los suyos ante aquel desusado denuedo; al ver esto cogió con impetu el hacha de uno de los nobles que le acompañaban, y dejó que su caballo penetrase á carrera tendida por medio de los combatientes, y alzando la voz dijo:

—¡Valientes godos! Aquí teneis á vuestro rey que morirá con vosotros. No pueda el valor desesperado de esa turba acobardar vuestros corazones tan acostumbrados á las sangrientas lides.

Estas palabras, pronunciadas con fuego y energía, produjeron en los godos el buen efecto que el rey queria. Cargaron nuevamente los de Walia con decision estremada, y esta vez no fueron rechazados, y media hora despues casi todos los alanos se vieron cercados por los godos.

—¡Paz, cuartel! gritaban los rendidos.

—¡Sangre, esterminio! respondieron los vencedores.

Y gran número de aquellos fueron pasados á cuchillo, y la cabeza de Atacio su rey pasada, en la punta de una lanza, con befa y escarnio, para insultar á los prisioneros que no fueron degollados. Los pocos alanos que pudieron escapar de esta sangrienta jornada se incorporaron á los restos de

los vándalos, que desde entonces desaparecieron para siempre de la Península.

Cuando los suevos tuvieron noticia de la matanza y dispersion de los vándalos y alanos, determinaron esquivar el combate que se veian obligados á sostener con el triunfante godo, creyendo segura su pérdida; así que, no se detuvieron en correr á ponerse bajo el patrocinio de Roma, reconociéndose tributarios sumisos del emperador. Walia que vio no podia ya acometer á este corto número de enemigos que le quedaba, se llenó de indignacion, pero supo aplacar su enojo conociendo cuanto á la sazón le convenia respetar á los aliados del imperio; por esta razon aunque desarmó á los suevos, los dejó que pacíficamente gozasen de las tierras donde moraban.

Poco tiempo despues de haber terminado Walia la lucha contra los bárbaros, recibió de Roma una carta cuya lectura produjo en él una singular y orgullosa satisfaccion. Hé aqui con corta diferencia el contenido de este importante documento.

«A Walia.—El primer rey de los reyes de la tierra. El emperador Honorio te saluda y te desea prosperidad y que tu nombre resuene con orgullo en el templo de la fama. Porque tus armas fueron temibles en todas partes y porque has cooperado al bien y provecho de España y Roma. Honorio, tu admirador y aliado recompensa tus singulares triunfos, haciéndote donacion de la parte del Languedoc y la Gascuña que se estiende desde Tolosa hasta el Océano. Goza en eterna paz las posesiones y sé tan dichoso como serlo desea tu mejor confederado y amigo.—El emperador Honorio.»

La soberanía de estos paises que en Ataulfo y Sigerico fué usurpada, en Walia se hizo legitima por la franca y explicita cesion del emperador romano. Walia eligió por capital de su monarquía á Tolosa, ciudad que llegó á ser rica y opulenta, y el reino entero disfrutó desde esta época en adelante la tranquilidad mas completa. Sin embargo, los suevos, un tanto incómoda-

dos con el vasallage obligatorio que rendian, no solo á los romanos, sino tambien á los godos, quisieron acometer una intencion de rebeldia con el fin de emanciparse de la esclavitud que experimentaban; pero Walia, que los vigilaba de cerca, supo contener á tiempo la sedicion, escarmentando á los mas osados y poniendo para el gobierno de los pueblos donde moraban, personas de energia y resolucion, con lo cual se vieron los suevos impotentes para meditar nuevos trastornos.

Pero desgraciadamente estaba cercano el fin de un reinado tan dichoso. Cuentan que al año de haberse trasladado Walia á su magnifico palacio de Tolosa, celebró en el mismo un opiparoso banquete con el objeto de inaugurar su nueva residencia, para cuyo acto convidó á los godos de la principal nobleza. En la mitad del festin y cuando mas animado parecia, vieron los nobles con singular sorpresa que el rey, se habia puesto pálido.

—¿Estais malo, señor? preguntóle un caballero godo que estaba á su lado.

—Muy malo me siento, respondió Walia con acento desfallecido.... Pienso que pronto dejo de existir.

Todos cuantos le rodeaban se levantaron al punto de sus asientos y cercaron al rey tan solícitos cuanto pesados. Un noble llamado Gundelco le

cogió en sus brazos y le condujo á su lecho, donde espiró á los pocos instantes; mas antes de morir, es fama que pronunció estas palabras.

—Yo Walia, el tercero rey de los godos en España, parto á la otra vida sin ningún género de pesar ni remordimiento. Mi unico objeto fué hacer la felicidad de mis pueblos, y si el cielo se hubiera dignado alargar el plazo de mi vida, tambien la opulenta Roma hubiera recibido leyes del que hoy yace en este lecho mortal.... Adios, mis valerosos godos.... Mi casco, mi coraza, mi paves, la espada que ciño, todos estos arreos, e la milicia que fueron agentes y testigos de mis victorias, queden encerrados conmigo en la tumba.... Esta es mi última voluntad, no me negueis este corto favor.

Ocioso es decir que se cumplieron exactamente las peticiones del monarca moribundo, asi como el grande sentimiento que su temprana muerte produjera, la cual sucedió, segun opinion mas recibida, el año 419. «Walia reinó solo tres años, dice Mariana, en el cual tiempo acabó cosas tales y tan grandes, que ilustró grandemente su nombre y el de su nacion, ademas de la Guiená, que como queda dicho, le dieron de nuevo en premio de sus hazañas.»

I. A. BERMEJO.



APUNTES MORALES.

GUILLERMO TELL.

TERCERA PARTE.

I.

Hay una encrucijada en uno de los caminos cercanos á Kussnacht, que forma pendiente por entre innumerables rocas; por este camino se ve transitar á algunos viajeros, en el número de los cuales se encuentra Guillermo Tell que separándose de los demás con su ballesta en la mano, se sitúa en un paragesolitario y habla consigo mismo de la siguiente manera.

—Es indispensable que pase por esta encrucijada, pues no hay otro camino para llegar á Kussnacht... Aquí llevaré á cabo mi proyecto.... la ocasión es favorable; sí, oculto detrás de esas ramas puedo esperarle con mi flecha: la estrechez del camino no consiente que su comitiva se le acerque mucho... ¡Gessler! arregla tu cuenta con Dios, que ha llegado tu hora.—Yo vivía inocente y apacible; mis dardos no se disparaban mas que para los animales del bosque; jamás el asesinato se habia albergado en mi pensamiento; tú has venido á perturbar mi vida tranquila, tú has envenenado la dulzura de mi corazón y de mis piadosos pensamientos, tú me has acostumbrado á las cosas monstruosas, y aquel que ha podido disparar una flecha contra la cabeza de su propio hijo, puede tambien hacer una acertada puntería contra el corazón de su enemigo. —¡Gobernador infame! es preciso que yo proteja el porvenir de mis hijos inocentes y el de mi querida esposa. Cuando yo tendi la cuerda de

mi ballesta, cuando mi mano temblorosa le apuntaba, cuando tú me obligabas por un ardid infernal á traspasar la cabeza de mi hijo; cuando me hallaba delante de tí suplicante y desfallecido, hice en el fondo de mi corazón un horrible juramento, que solo Dios ha escuchado; juré que tu corazón sería el blanco de mi primer disparo, y lo que he prometido en mi infernal agonía, en este momento es una deuda sagrada que me es necesario cumplir. Tú eres mi dueño y el representante de mi emperador; pero el emperador no te ha dado atribuciones tan latas y crueles; te ha enviado á este país para que ejerzas la justicia, una justicia mas severa, pues está irritado; pero no para que nos tiranices á tal extremo; hay un Dios para castigar y para vengar.

Tell quedó un rato silencioso, después mirando á su ballesta prosiguió:

—Ven, tú, que fuiste el instrumento de un amargo dolor, tú que eres ahora mi bien, mi tesoro mas querido, voy á darte un destino que nunca has desempeñado; hasta aquí solo me has servido de distraccion; no me abandonas en esta terrible circunstancia; séme fiel esta vez, tú, que con tanta frecuencia disparaste tus dardos contra las fieras.

Los transeuntes por la encrucijada fueron en este instante mas numerosos; Tell se sentó en una enorme piedra y continuó su monólogo.

—Quiero sentarme en esta piedra que convida al viajero para reposar un instante, pues aquí no hay una morada donde poderse guarecer. Los viajeros se suceden sin preguntarse mutuamente acerca de sus trabajos; aquí vienen el diligente mercader, y el piadoso peregrino; el venerable sacerdote, el bandido con su sombría

mirada; todos siguen su camino para llevar á cabo sus negocios; hoy el mío es terrible.

Poniendo la ballesta á su lado, apoyó el rostro contra sus manos, y como si estuviera delante de personas que pudieran responderle, siguió absorto en sus pensamientos y hablando del siguiente modo.

—En otro tiempo, hijos míos, cuando vuestro padre volvía á casa, le recibíais con trasportes de alegría, porque nunca entraba en ella sin llevaros alguna cosa; bien una hermosa flor de las Alpes, ó un pájaro raro, ó alguna concha petrificada que hallaba recorriendo los montes... Hoy va en busca de otra presa; está sentado en un lugar salvaje é inculto con un pensamiento de asesinato... es la vida de su enemigo la que procura sorprender... Y sin embargo, hijos míos, en vosotros tiene ahora su pensamiento... Para defenderos, para proteger vuestra inocencia de la rabia del tirano, prepara su ballesta.

Este pensamiento terrible le obligó á levantarse de su asiento con violencia, y después que miró á todas partes como un demente, prosiguió.

—Espero una noble presa. El cazador pasa con frecuencia días enteros errante en el rigor del invierno, saltando de roca en roca atravesando paredes de hielo, y todo para obtener después una caza miserable... Hoy se trata de un asunto de mas valía, del corazón de mi mortal enemigo que ha querido perderme.

A este tiempo se oyó una música lejana, que progresivamente se iba acercando, pero ni esto pudo hacer que Guillermo dejase de quedar absorto en sus siniestros pensamientos. He aquí lo que seguía diciendo.

—Toda mi vida la he pasado manejando el arco, ejerciéndole según las reglas del cazador.... He tirado muchas veces al blanco y ganado el premio; hoy tengo que hacer mi puntería maestra, y ganar el mas grande premio que pueda conquistarse en toda la estension de estas montañas.

Diciendo esto volvió Tell la cabeza y vió pasar por la encrucijada una mul-

titud de aldeanos y aldeanas que al son de los instrumentos pastoriles iban entonando cantos armoniosos y populares, en medio de esta grande reunion iba una linda zagala ricamente vestida; todo en fin presentaba el aspecto de una boda que se celebraba. Tell se apoyó contra su ballesta y la estuvo observando con detenimiento sumo. Uno de los que formaban el alegre séquito, bajó de la altura y aproximándose á Guillermo le dijo:

—Amigo mío, eso que veis es la boda de un propietario de esta comarca que se casa con una hermosa aldeana. El propietario se llama Stussi, es muy rico y posee muchos rebaños en los Alpes. La novia se llama Imisea; esta noche habrá una grande fiesta en Kussnacht. Venid conmigo, pues están convidados á esta fiesta todos los hombres honrados del pais.

—Un convidado triste, no puede asistir á una boda, respondió Tell.

—Si teneis algun pesar, contestó el aldeano, echadle de vuestro corazón, y tomad las cosas conforme vienen; la época que atravesamos es mala, y esa precisamente es la razon que hay para buscar momentos de alegría.... Aquí se celebra hoy un casamiento, en otra parte se estará verificando un entierro.

—Es verdad, dijo Tell, ese es el mundo.

—Si, amigo mío; hay bastantes desgracias en todos lados. Una parte del monte Ruiff se ha desplomado en el canton de Glaris y ha sepultado una gran porcion del pais.

—¡Las montañas se desploman! exclamó Tell, ni la tierra está firme.

—Se refieren cosas maravillosas, prosiguió el aldeano; acabo de oír hablar á un hombre que ha llegado de Bada, y ha contado que un caballero se habia puesto en camino para ver al rey. En la mitad del camino encuentra un enjambre de abispos que se avanzan á su caballo, y de tal modo le atormentan, que el animal cayó muerto á los pocos instantes, y el caballero llegó á pie hasta la mansion del rey.

—Los débiles tienen tambien su agijon.... Pero ¿qué muger es esta que viene á este sitio?

Era Hermengarda, muger de aquel pais, que se situaba á la entrada del camino rodeada de varios niños, todos hijos suyos.

—Se teme, dijo el aldeano, que esto sea algun presagio desgraciado para el pais; algun acontecimiento extraordinario tiene que sucedernos.

—Todos los dias, repuso Tell, suceden hechos de este género, y ningun signo maravilloso le presagia.

—Dichoso aquel, dijo el aldeano, que cultiva apaciblemente su campo, y vive descuidado en medio de los suyos.

—El hombre mas honrado no puede vivir en paz, con tal que se le antoje á su vecino.

Aun cuando Tell hablaba de esta manera, no cesaba sin embargo de dirigir frecuentes miradas á la entrada del camino, y el aldeano que notó su estremada impaciencia, le dijo:

—Adios, amigo mio; tal vez os soy molesto, conozco que estais esperando á alguno.

—Sí, esperando estoy á un...

—Deseo que seais dichoso cuando volvais al seno de vuestra familia. Vos sois de Uri ¿No es verdad? Nuestro señor el buen gobernador debe llegar hoy.

No bien habia acabado el aldeano de pronunciar estas palabras, cuando un viagero que acertó á pasar por alli, interrumpió á los que hablaban, diciendo:

—No espereis al gobernador por hoy. Con las lluvias ha crecido la marea y el torrente ha destruido todos los puentes.

Guillermo Tell, hizo un movimiento de sorpresa, y Hermengarda se acercó con sus hijos, preguntando:

—¿Cómo! ¿No vendrá el gobernador?

—Teniais alguna cosa que decirle? preguntóla el aldeano.

—¡Oh! sí, por eso he venido.

—¿Y por qué os poneis al paso en esta encrucijada?

—Porque aqui no podrá escapárseme, y se verá obligado á escucharme.

A este tiempo llegó corriendo uno

de los servidores del gobernador que gritaba:

—Despejad el camino, que me sigue á caballo monseñor el gobernador.

Tell dejó ver en su semblante una repentina espresion de alegría, y sin hablar una palabra á ninguno de los individuos que tenia á su lado, se ausentó de alli precipitadamente. Hermengarda continuó:

—¿Con qué viene el gobernador?

Con efecto, este apareció en la altura montado en un arrogante caballo, acompañado de Rodolfo que tambien venia cabalgando. Hermengarda se adelantó con sus hijos, colocándose en un parage donde pudiese hablarle lo que deseaba.

—Si los puentes se los ha llevado el torrente, dijo el aldeano al servidor de Gessler, ¿cómo habeis llegado á nuestra ribera?

—Hemos navegado por el lago, amigo mio, porque nosotros no tememos ya á las encrespadas olas.

—¿Habeis estado en alguna barca, prosiguió el aldeano, durante la tempestad?

—Sí, alli hemos estado, y jamás lo hubiera pensado.

—¡Oh! no os vayais, dijo el aldeano, referidnos algo.

—No puede ser, es preciso que me apresure á caminar delante, para anunciar la llegada del gobernador á palacio.

Y sin detenerse mas se alejó.

—Si esa barca, dijo el aldeano, hubiese traído gente buena y honrada, se hubiera sumergido enteramente; pero hay hombres en la tierra sobre quienes ni el fuego ni el agua hacen mella. Pero calla, prosiguió mirando á todos lados, ¿dónde se ha ido el cazador con quien yo estaba hablando? Voy á buscarle.

Y en vez de tomar el camino que Tell habia emprendido, tomó el opuesto. Pero mientras, Gessler y Rodolfo, habian ya bajado la altura, y el primero decia al segundo:

—Decid cuanto querais, yo soy un agente del emperador y solo debo pensar en agradarle. No me ha enviado á este pais para lisongear al pueblo, ni

tratarle dulcemente; el emperador, quiere que le obedezcan, y procura saber si es el pueblo el dueño del país ó el emperador.

—Este es el momento, dijo Hermengarda cogiendo á sus hijos de la mano voy, pues, á hablarle.

Y se fué poco á poco acercando con cierta especie de temor.

—No puse el sombrero, en Altdorf, prosiguió Gessler, por mofa, ni para conocer el sentido del pueblo; hace mucho tiempo que le conozco; le coloqué allí para que aprendiesen á humillar delante de mí esa cabeza que ellos levantan orgullosamente; y he puesto en fin, ese sombrero á la entrada del camino por donde ellos acostumbra á transitar con mas frecuencia, para que sus ojos queden sorprendidos y les haga recordar el dueño á quien deben obedecer, y que casi habían olvidado.

—El pueblo sin embargo, tiene ciertos derechos.... murmuró Rodolfo.

—No es ahora tiempo de pensar en ello, continuó el gobernador... Están en movimiento ciertas combinaciones... La casa imperial se quiere engrandecer; y lo que gloriosamente ha comenzado el padre pretende acabarlo el hijo. Este miserable pueblo es un obstáculo que se opone á nuestra marcha, y de cualquier manera que sea, es preciso someterle.

En este instante se disponia á pasar por donde estaba Hermengarda; la cual se echó á los pies del gobernador llevando sus hijos por delante.

—¡Misericordia! monseñor; haced merced.

—¿Porqué os poneis delante de mí? Retiraos.

—Mi marido está preso, mis hijos mendigan el pan.... Mi poderoso señor, tened piedad de nuestra grande miseria.

—¿Quién sois?... ¿Quién es vuestro marido?

—¡Oh, señor! mi marido, es un pobre jornalero del Rugi que iba á cortar la yerba sobre las escarpadas rocas en los sitios donde ni las fieras se atreven á subir.

—Compadecidla, dijo Rodolfo al gobernador; es por cierto una vida bas-

tante desgraciada la de ese hombre. Perdonad las faltas que haya cometido; con el oficio que egerce tiene suficiente castigo. Se os hará justicia, prosiguió dirigiéndose á Hermengarda. Id á palacio, presentad vuestro memorial; este no es el sitio donde debéis pedir.

—No, no, repuso la desconsolada muger, yo no me separaré de este lugar mientras el gobernador no conceda la libertad á mi pobre marido. Hace seis meses que está preso y que espera en vano una sentencia del juez.

—¿Qué haceis, muger, dijo Gessler enfadado; quereis emplear conmigo la violencia? Retiraos.

—¡Justicia! gobernador, esclamó Hermengarda; tú eres el juez en este país en nombre de Dios y del emperador. Cumple con tu deber; si quieress que se te haga justicia en el cielo, hazla tú en la tierra...

—Vamos, alejáos, interrumpió Gessler; alejad de mi vista esta muger insolente.

Conociendo Hermengarda que iban á separarla de allí violentamente, echó mano á las bridas del caballo del gobernador y continuó su súplica con acento mas lastimero.

—No, no; yo no tengo nada que perder... no adelantarás un paso mas antes de haberme hecho justicia... Frunce el entrecejo, lánzame tu mirada infernal... Nuestra desgracia no tiene limites, concluye tu comenzada obra de destruccion.

—Aparta, gritó Gessler, déjame pasar ó mi caballo pasará por encima de ti.

—Bueno; lánzale... Toma, prosiguió poniendo á sus hijos casi entre las piernas del caballo; heme aquí con mis hijos. Aplasta á estos huérfanos inocentes con los pies de tu caballo... no será esta la mas horrorosa de tus crueldades.

—¿Estais loca, muger? preguntó Rodolfo.

Pero Hermengarda continuó esforzando mas la voz:

—Hace mucho tiempo que tú hollas con tus pies la tierra del emperador; yo no soy mas que una pobre muger,

si yo fuese un hombre, sabría lo que hacer en semejante situación, antes que posternarme á tus pies... pero no quiero decirlo.

La música que antes se había escuchado volvió á resonar, y el gobernador encolerizado sin que le llamara la atención este sonido exclamó:

—¿Dónde están mis servidores? Que me quiten de aquí á esta muger, ó vive el cielo que no me detengo y haré lo que no quisiera hacer.

—Vuestros servidores, respondió Rodolfo, no han podido venir todavía, porque el camino está obstruido por los festejos de una boda.

—Yo soy para este pueblo un dueño demasiado benigno, dijo Gessler. Todavía están libres las lenguas; esta gente no está domada como es menester; pero pronto cambiarán las cosas, yo lo prometo. Yo romperé esa ruda obstrucción, yo haré que desaparezca ese imprudente espíritu de libertad, y daré nuevas leyes á este país... Yo quiero...
¡Ay!!! ¡Dios mío, ¡misericordia!

Estas fueron las últimas palabras del gobernador, porque una flecha disparada sin saber de donde atravesó su pecho, y le hizo caer del caballo.

—¡Monseñor! dijo Rodolfo acudiendo á su socorro. ¿De dónde ha venido ese dardo?

—¡Muerto! ¡Muerto! exclamó Hermengarda.

—¿Qué horrible acontecimiento! exclamó Rodolfo... ¡Señor gobernador, invocó la clemencia de los cielos!

Gessler respiraba todavía, y llevan-

do la mano á su corazón pudo balbucear estas palabras:

—Esta... es la flecha... de Guillermo Tell.

Y cayó en los brazos de Rodolfo, quien le colocó encima de una piedra. En este momento apareció Tell en una altura con la ballesta en la mano, que al mismo tiempo que andaba, iba diciendo á gritos:

—Conoces la mano que te ha dado muerte; pues bien, no busques otra. Las cabañas son libres, la inocencia no tiene nada que temer de tí... Ya no afligirás mas tiempo á esta comarca.

Y diciendo esto desapareció por entre las rocas; en tanto que el pueblo acudía al sitio de la catástrofe.

—¿Qué ha pasado? preguntaban ¿Quién le ha matado?

—¡Tell, Tell! dijeron muchos.

Hermengarda levantó en sus brazos á uno de sus hijos, y señalándole al gobernador, le dijo:

—Mirad, hijos míos, de la manera que acaban los malvados.

—Bueno, dijo uno del pueblo en alta voz; el poder de Gessler ha concluido, se ha derribado al tirano del país, ya no soportaremos ninguna violencia, ya somos libres.

Llegaron algunos religiosos acompañados de dos hombres que cogiendo el cadáver del gobernador, se ausentaron rezando por su alma. Mientras tanto la multitud no cesaba de gritar:

—Nuestro país es ya enteramente libre.

(Se concluirá.)



HOMBRES CELEBRES.

MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.

INTRODUCCION.

Nuestros lectores recordarán lo que en otro número dijimos con relacion á Valentin Duval; como nacido en una aldea, huérfano, fué guardador de pavos durante su infancia, criado en una ermita durante su juventud, y despues de infinitos padecimientos llegó á ser un grande hombre en las ciencias astronómicas, y tuvo á su cargo la dirección del gabinete de antigüedades del emperador de Alemania.

Si nuestros jóvenes lectores han leído los extractos de esta biografía popular que con tanto gusto de nuestra parte hemos querido insertar, creemos que no habrán podido olvidarla. Hoy recomendamos vuestro interés hácia las *memorias* de otro niño del pueblo, cuya existencia no ha sido menos desgraciada, ni menos agitada.

Enrique Jung-Stilling era alemán, quien os hará ver pormenores muy preciosos respecto á la condicion de las clases pobres de Alemania en el siglo XVIII, así como Duval nos ha hecho conocer los sufrimientos y las costumbres de estas mismas clases en Francia. Estos estudios comparativos de la miseria del pueblo en el último siglo, creemos que contribuyen mucho á escitar nuestra curiosidad moral. La estremada rareza de las *Memorias* de este género escritas con buena fé y talento, añaden nuevos quilates á su mérito.

Los dos personajes de que hablamos han sido contemporáneos, y facil-

mente se hubieran podido conocer. En 1775, Valentin Duval, octogenario, acababa tranquilamente su vida rodeado de libros en un reducido aposento del palacio imperial de Viena, y Enrique Stilling, no tenia entonces mas que treinta y cinco años, y aun luchaba con su mala fortuna ejerciendo la medicina en una pequeña ciudad con poco éxito, y muchas deudas.

Suponiendo que por una casualidad se hubiesen encontrado, creemos que hubieran simpatizado por el comun recuerdo de su miserable nacimiento, de su tormentosa juventud, y por su intento de dejar una fiel relacion de su vida animosamente soportada y egemplar para los niños que nacen en la clase mas humilde del pueblo. Sin embargo, dudamos que se hubiesen unido con los lazos de una verdadera amistad, porque Valentin Duval entregado á las ciencias, era como la mayor parte de los talentos privilegiados de Francia en aquella época, preocupado con una filosofía escéptica, y un tanto revolucionaria; su divisa hubiese sido: «Amad las ciencias, combatid las preocupaciones, defended al pueblo.» Pero Stilling ha sido desde su nacimiento hasta su muerte, un hombre eminentemente religioso; colocaba su fé en grado superior á todos los intereses humanos; la fé le inspiraba hasta su amor por las ciencias; no entendia nada de negocios, y por desgracia, nada de orden ni de economia. El consejo principal que se advierte en todas las páginas de sus escritos es: «Tened confianza en Dios.»

No se admiren nuestros lectores si les decimos que las *Memorias* de Stilling son de grande veneracion en al-

gunos países protestantes á la par que una lectura edificante, y consideradas como de un gran mérito literario. Stilling era amigo de Goethe: le confió el manuscrito de la historia de su infancia, y Goethe encontró en ella tanto interés, que la publicó sin pedir el consentimiento de su autor; antes se tomó otra libertad no menos grande y de la cual Stilling ni el público tuvieron motivos de quejarse; era la de haber corregido y pulido el estilo de su obra, y por eso la primera parte de las *Memorias* se ha considerado hasta cierto punto como obra de Goethe.

En España, hasta hoy, estas *Memorias*, aunque indicadas muchas veces al público con elogio, han quedado sin embargo enteramente desconocidas; pero la excelente traducción terminada hace algunos años por uno de los escritores mas distinguidos de Francia (1) contribuirá sin duda á popularizarlas; la necesidad que nos hemos impuesto de ser concisos, hará que no lo refiramos todo con la estension que aparece en el original que tenemos á la vista; pero guardaremos cierta proporción, y no omitiremos nada de cuanto corresponde á la buena moral, pues eso sería, no solo renunciar al fin útil, sino desvirtuar una vida cuyo interés se encuentra en las impresiones y en los sentimientos, acaso mas que en los hechos.

INFANCIA DE STILLING.

En un parage muy montuoso de Westfalia se encuentra un distrito cuya cabeza de partido se conoce con el nombre de *Florembourg* (castillo de las flores).

A una legua escasa de este sitio, al Sudeste está situada la aldea de *Tiefenbach* (arroyo profundo), llamada así por hallarse colocada entre dos montañas: las casas de la aldea están como suspendidas sobre la pendiente de las dos montañas, á la una y la otra parte del arroyo; este corre en el fondo formado por las aguas reunidas de dos valles que se abren á derecha é izquierda: la

montaña situada al Este se llama el Giller: es escarpada, y su vertiente occidental está cubierta de espesas hayas; vense en la parte de allá praderas y campos cerrados por una cordillera de montes; en los costados del Giller aparecen infinidad de encinas y de hayas, y no se apercibe ninguna abertura que deje ver y seguir con la vista al zagal conduciendo su yunta de bueyes para el cultivo de la tierra. En el lado opuesto se eleva Geisemberg, semejante á un panal de azúcar, y coronado en su cima con las ruinas de un viejo castillo.... pues bien; al pie de este está situada la casa paterna de Stilling.

Por los años de 1750, vivía aun en esta casa un venerable anciano, Eberardo Stilling, aldeano y carbonero; pasaba todo el verano en el bosque haciendo carbon, y una vez cada semana volvía á su casa para ver á su familia y á fin de hacer nueva provisión de viveres; este viage lo emprendía por lo general, todos los sábados al oscurecer, llegando á su morada al principio de la noche. El domingo, iba á la iglesia de Floremburgo y asistía á las sesiones del consistorio, del cual era miembro. Esta era su vida; su familia se componía de dos hijos y cuatro hijas que ya habían pasado la edad de la infancia.

Uno de los hijos, llamado Wilhelm, sastre y maestro de escuela, se había casado con la hija de un pobre ministro; ella se llamaba Dorotea, y de esta unión nació Enrique Stilling el día 12 de setiembre de 1740.

Este acontecimiento fué un gran motivo de satisfacción para la familia, y todos se regocijaron con la idea de tener un niño en la casa, puesto que ya hacía muchos años que no le habían tenido; sobre todo el anciano Eberardo se creía feliz con la esperanza de poder entonar sus antiguas canciones meciendo á su nieto.

Enrique no contaba mas que dos años cuando falleció su madre, cuya pérdida tuvo una grande influencia en su educación. El bello carácter de la difunta, dejó en la familia Stilling los mas sensibles recuerdos, y su memo-

(1) M. A. Secretan.

ria fué allí siempre venerada: digamos de que manera fué gradualmente aproximándose al fin de su vida.

Dorotea, antes de su parto había caído en una profunda melancolía, mostrándose indiferente lo mismo á los placeres que á los pesares; saboreaba frecuentemente aquella especie de deleite que encontraba en la misma tristeza. El sol salía en toda su magnificencia y ella lloraba y le contemplaba en un éxtasis profundo, y solamente solía decir en algunas ocasiones «¡Qué bello debe ser aquel que ha formado el sol!» Ocultábase el astro reluciente y también lloraba diciendo «¡Nuestro amigo, nuestro consolador se separa de nosotros!» Dorotea deseaba siempre hallarse muy distante del interior del bosque á la hora del crepúsculo; pero nada le causaba mas emoción que la luna; experimentaba cierta cosa inexplicable que le hacía pasar las noches enteras al pie del Geisemberg. Wilhelm la acompañaba casi siempre y juntos hablaban con ternura y cariño; ambos tenían cierta semejanza en el carácter; hubieran podido olvidar al mundo entero, pero jamás olvidarse el uno al otro.

Un domingo, á eso de las doce del día (año y medio despues del nacimiento de Enrique Stilling), Dorotea rogó á su marido que saliese con ella á dar un paseo hasta el castillo de Geisemberg; Wilhelm, nunca pudo negarle nada y partió en su compañía. Desde que entraron en el bosque, se cogieron del brazo, y de esta manera subieron lentamente la sombría pendiente de la montaña, escuchando el melodioso canto de las aves.

—Oye, Dorotea, respóndeme á la pregunta que voy á hacerte. ¿Por qué ha tanto tiempo que estás tan melancólica? Si he de decir la verdad, yo también estoy melancólico porque tú lo estas. ¿Por qué deseas tanto hallarte sola conmigo? Mis hermanas creen que ya tú no las quieres.

—Pues puedo asegurarte que las quiero de todo corazón.

—Tú lloras incesantemente como si te aquejase algun pesar, lo cual me aflige sobremanera. ¿Qué sientes en tu

corazon, hija mia? dime lo que necesitas, yo buscaré tu reposo cueste lo que cueste.

—¡Oh! no, esposo mío, no me aqueja ningun pesar, no tengo ningun descontento, yo te quiero, quiero á nuestros padres y á nuestros hermanos... Pero te diré todo lo que experimento. Cuando veo en la primavera del modo que las plantas reverdecen, como los árboles vuelven á poblarse de hojas, como las flores y las plantas vuelven á reaparecer, se me figura que nada de esto me concierne, que estoy en un mundo al cual no pertenezco; pero al contrario, si hallo en el camino una hoja caída, una flor marchita, ó una planta seca, entonces se asoman mis lágrimas y esto me produce un bien, un bien que no puedo explicar, y sin embargo no soy dichosa; en otro tiempo esto me hubiera entristecido, por que nunca estaba mas alegre que en la primavera.

—Yo no he experimentado ninguna cosa parecida; pero tus palabras han llegado hasta el fondo de mi corazón.

Hablando de este modo, llegaron á la cima del monte, cerca de las ruinas del castillo; respiraron con delicia la fresca brisa que venia del Rhin, y la miraban gozarse silbando en medio de las yerbas que entapizaban las paredes ruinosas.

—Este es mi sitio predilecto, dijo Dorotea; ¡con cuánto gusto viviria en este lugar!

Comenzaba el sol á ocultarse, y tanto Dorotea como Wilhelm habian saboreado la delicia de sus melancólicos pensamientos. Descendian al bosque, y Dorotea sintió un escalofrío mortal que recorrió todo su cuerpo; temblaba de frio y le fué muy difícil llegar á la casa de Stilling; se vió acometida de una fiebre ardiente, y Wilhelm estuvo noche y dia sentado á la cabecera de su lecho... A los catorce dias de su enfermedad, y á las doce de la noche, Dorotea dijo á su esposo:

—Escucha... Ven.

Y Wilhelm se aproximó; Dorotea echó sus brazos al cuello de su marido y este dejó caer la cabeza sobre su seno; de repente observó que los lati-

dos de su corazón eran débiles y pausados, después no los sintió más que dos ó tres veces.... Asustado entonces comenzó á gritar:

—¡Maria! ¡Maria!

Consternóse la familia; todos acudieron al sitio de las exclamaciones, y vieron á Wilhelm tendido sobre la cama recibiendo con sus labios los últimos suspiros de Dorotea.... Ya había muerto; Wilhelm parecía un hombre embriagado y su alma no podía volver á su primer estado de tranquilidad; en fin, bajó de la cama, lloró y sollozó en voz alta. El viejo Eberardó y su mujer se acercaron á Dorotea, la cerraron los ojos sin dar la mas leve señal de debilidad, y después dieron rienda suelta á su comprimido llanto. ¡Doloroso espectáculo! Estas dos blancas cabezas, estos dos ancianos bañados en lágrimas, se inclinaron y miraron tiernamente al ángel que había volado á la corte celestial. Las jóvenes derramaron también abundantes lágrimas, refiriéndose las unas á las otras las últimas palabras y las últimas caricias de la hermana que acababan de perder.

Wilhelm después de la muerte de su esposa, cayó en una profunda y amarga tristeza; sus costumbres llegaron á ser austeras é insociales; retiróse á la habitación mas alta de la casa, y allí permaneció encerrado por espacio de muchos años: allí trabajaba en su oficio de sastre, y en sus horas de descanso únicamente se ocupaba de la educación de su hijo, haciéndole imprimir en su alma los sentimientos religiosos donde su dolor había encontrado un refugio.

A las cuatro de la mañana se levantaba y se ponía á trabajar. A las siete despertaba á Enrique, y al mismo tiempo que le vestía le hablaba de sus deberes para con Dios: el niño recibía en seguida el almuerzo, comía con orden y facilidad como si hubiese estado en la presencia de un príncipe; después del desayuno debía leer y aprender de memoria un trocito del catecismo, y también le era permitido leer la historia antigua, sagrada, y profana, interesante y al alcance de sus pocos años, como por ejemplo la del empe-

rador Octaviano, con su mujer y sus hijos; la historia de los cuatro hijos de Aymon; la bella Melusina, y otras semejantes.

Wilhelm no permitió nunca á su hijo que jugase con otros niños, y le tenía de tal manera encerrado, que á la edad de siete años, Enrique no conocía á ningún niño de la vecindad, pero en cambio ya había leído una porción de libros muy buenos. Resultó de esto que su alma se entregó enteramente á lo ideal, y comenzó á pensar con delicia; exaltóse su imaginación porque no se había ejercitado mas que sobre seres y acciones puramente fantásticas. Los héroes de las antiguas baladas cuyas virtudes aparecían pintadas bajo los colores mas exagerados, se posesionaron insensiblemente de su imaginación como otros tantos modelos dignos de ser imitados... Los vicios le inspiraron un profundo horror, y como oía incesantemente hablar de Dios y de las personas piadosas, se encontró colocado sin saberlo en un punto de vista esclusivo, desde donde veía todas las cosas.

A las dos ó tres horas después de comer, y algunas veces mas tarde, Wilhelm permitía á su hijo que se pasara por el vergel y la selva de Geisemberg, señalándole ciertos límites para el teatro de su recreo, y Enrique no podía salir de ellos sin ir acompañado de su padre; esta especie de campo cerrado no era muy vasto y Wilhelm le había trazado de tal modo que de una mirada pudiese dominarle enteramente desde la ventana de su cuarto, á fin de nunca perder de vista á su hijo. Si el tiempo señalado se acababa ó algún niño de la vecindad se aproximaba á Enrique, su padre daba un silbido al punto, y Enrique acudía á esta señal de su padre.

Este corto espacio de terreno que encerraba el vergel de Stilling y la parte del bosque que le rodeaba, le visitaba todos los dias de primavera, nuestro joven alemán; allí creaba él paisajes puramente fantásticos; á veces le parecía encontrarse en un desierto de Egipto; alguna parte del terreno se trasformaba para él en una caverna

donde se ocultaba para representar á San Antonio, y allí en medio de su entusiasmo, dirigía á Dios sus fervientes votos: en otro parage apartado veía la fuente de Melasiva; allá la Turquía donde residían el sultan, y su hija, la bella Marcébilla; en otro lado, sobre una roca le parecía ver el castillo de Montalban, donde estaba Reinaldo, y así sucesivamente. Todos los días hacia sus peregrinaciones en estos distintos sitios, y nadie puede imaginarse la dicha que gozaba en aquellos momentos.

Enrique Stilling fué, pues, educado de una manera tan extraordinaria, sin que tuviese ningun género de comunicacion con los hombres: no conocía

nada del mundo, ni sus vicios. Rezar, leer y escribir, eran sus únicas ocupaciones; su cabeza no estaba llena de muchas cosas, pero todo lo que encerraba era tan espiritual, tan celeste, tan noble y tan elevado, que las espresiones del niño, sus discursos y sus acciones no podrian describirse: era un objeto de admiracion para toda la familia, todos los vecinos que venian á la casa de Stilling y que veían al jóven aleman no podían menos que admirarle, pues no comprendían nada de cuanto decia aun cuando hablaba buen aleman.

Tal fué la educacion de Enrique Stilling hasta la edad de diez años.

(S^a continuará.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

VI.

ORIGEN DEL CAFÉ.—METAMÓRFOSIS DEL MOSQUITO.

Al poco tiempo entraron en la quinta don Casimiro y sus hijos; estos como lo habian ofrecido, saludaron con un ósculo á su buena mamá y seguidamente pasó toda la familia al comedor, donde ya estaba la mesa puesta para el desayuno; todos tomaron asiento; don Casimiro ocupaba al lado de su buena esposa, uno de los extremos de la mesa, y los niños estaban sentados de frente; el almuerzo fué de tenedor; pero don Casimiro dijo que quería además un poco de café, y Carolina y Ramon aplaudieron la idea porque también le deseaban.

—¡Oh! dijo Ramon, la mañana que no tomo café no estoy contento.

—A mi tambien me gusta mucho, dijo Carolina.

—Y á la verdad, interrumpió Ramon que quisiera saber el origen de esta planta que tanto se ha propagado.

—Algo puedo decir á vd. sobre el particular, respondió don Casimiro, y no dejaré de manifestar lo que sepa ya que tanto lo desea mi buen Ramon.

—¡Qué gusto! exclamó Carolina; no hay cosa que papá no sepa.

Don Casimiro miró á su esposa sonriéndose y habló de la siguiente manera.

—El café, ya se sabe que trae su origen del reino de Iemen, en la Arabia Feliz. Este pais afortunado que en cambio de sus preciosas producciones vé con abundancia, en su seno el oro de todas las partes del globo, considera, con razon, el café como uno de los manantiales mas abundantes de su riqueza. — El prime-

ro que hizo uso del café, según Schechabeddin, autor árabe del siglo XV, fué un muftí de Aden, que vivía á principios del siglo IX de la egeria; pero según la tradicion vulgar, se debe este descubrimienio á un mollach (religioso mahometano), llamado Chadelý, cuyo nombre se venera todavia en Oriente. Cuentan que este santo personage viéndose frecuentemente sorprendido por el sueño en medio de sus fervientes oraciones, imputaba sus adormecimientos á la tibieza de su devocion, y su conciencia timorata se veia atormentada de piadosos escrúpulos; la casualidad, ó según la leyenda, el profeta conmevido de su pena, le proporcionó encontrar á un pastor que le refirió, que siempre que sus cabras comian las bayas de cierto arbusto, permanecian despiertas saltando y retozando toda la noche. El mollach quiso conocer este extraño vegetal; el pastor le mostró un precioso arbolito con la corteza amarillenta, cuyas hojas tenían un verde brillante, y entre ellas se veian ramitos de flores blancas como el jazmin, mezcladas de unos frutos verdes, los cuales maduros, tenían la forma y el color de la cereza inglesa. Este era el café ó cafetal.—El mollach quiso probar la virtud singular de estas bayas y echó en un poco de agua una gran cantidad de esta semilla, y obtuvo por resultado pasar una noche en medio de una embriaguez deliciosa, que por otra parte, no quitó nada á la libertad de su pensamiento. Dió parte á los dervices de su gran descubrimienio, y bien pronto el café fué buscado por los devotos musulmanes como un presente divino, traído del cielo por un ángel ó un verdadero creyente.—El uso del café pasó luego del Eden en Medina á la Meca, al Cairo y se propagó por todo el Oriente. Se tomaba café durante los egercicios devotos, en las mezquitas, y hasta en el santo templode la Meca delante de la tumba del Profeta. Despues se establecieron numerosas tiendas, donde se distribuia esta semilla al publico: estos lugares de reunion fueron tanto mas frecuentes, cuanto que las costumbres de los musulmanes tenían pocas ocasiones

para poderse reunir. En estos establecimientos se hablaba familiarmente y se jugaba al agedrez y al mancalah, juego turco casi tan taciturno como el del agedrez; fué tanta la aficion que tomaron á asistir á estas tiendas, que las mezquitas estaban á menaudo vacias y entonces los sacerdotes se vieron precisados á anatematizar esta distraccion en otro tiempo santa; tambien se hablaba allí de politica, y mas de una vez el despotismo halló en esto un motivo para cerrar estos establecimientos y prohibir el uso del café bajo las penas mas severas; pero los anatemas y las persecuciones se estrallaron contra esta bebida, cuyas virtudes se habian saboreado con tanto gusto, y lo mismo los sacerdotes que los gobernadores, no pudieron menos que someterse á los seductores encantos que este líquido proporcionaba á pueblos privados del uso del vino.—El café es en Oriente una de las primeras necesidades de la vida: una de las obligaciones que el turco contrae con su esposa al tiempo de casarse, es la de que jamás le falte el café. Antes del siglo XVII, no se conocia absolutamente en Europa el café mas que en el nombre; algunos viajeros que se acostumbraron á tomarle en Oriente le trageron á Europa primero para su uso particular y luego se fué estendiendo este uso á todo género de personas, hasta que llegó á propagarse de la manera que lo vemos hoy; fué en un principio un género bastante caro; pero desde que se generalizó esta planta y se conocieron los cafetales en las Antillas, bajó su precio, y hoy es una bebida que puede tomarla la familia menos acomodada.

Al decir esto don Casimiro puso la servilleta sobre la mesa, y se levantó diciendo.

—Ya os he dicho en pocas palabras la historia y descubrimienio del café: ahora voy á mi despacho á contestar á varias cartas que he recibido de Madrid; luego nos volveremos á reunir y tendremos un ratito de lectura en el gabinete donde vuestra buena mamá ejercita sus labores... hasta despues, hijos míos.

Con efecto, nuestro amable preceptor pasó á su despacho, escribió la correspondencia indicada, y á las pocas horas entró en el gabinete de su esposa donde la encontró bordando.

—Casimiro, dijo Ana á su marido cuando le vió entrar; tus hijos me están diciendo que quieren variar de aposento para dormir.

—¿Por qué? preguntó don Casimiro.

—Porqué estamos martirizados con los mosquitos que acuden de noche; contestó Carolina. ¿No ves como tenemos la cara?

—Parece increíble, repuso Ramon, que unos animales tan pequeños, sean tan incómodos y ruidosos. ¿Qué zumbido tan fuerte tienen! ¿Y qué incómoda es su picadura!

—Bueno, respondió don Casimiro, dispondremos que paseis á otra habitación. Yo venia pensando qué libro os traeria para entreteneros; pero veo que os admirais de los efectos que produce un animal tan pequeño como el mosquito, y vosotros mismos me habeis suministrado el objeto de nuestra conferencia de hoy. Tengo en mi armario un tratado de insectos escrito en inglés por el famoso naturalista Jhon Wastist-Pok, y voy á traduciros todo cuanto diga relativo al mosquito.

—¿Qué gusto! dijo Ramon batiendo las palmas; cuando volvamos á Madrid vamos á llegar hechos unos sábios.

Don Casimiro pasó á la habitación donde tenia su reducida libreria y bien pronto volvió con un tomo bastante voluminoso; sentóse al lado de su esposa, los dos niños le rodearon, y el cariñoso padre despues de haber ojeado algun tiempo, comenzó á traducir del inglés al castellano el opúsculo siguiente:

«El mosquito comun de nuestros climas, (*Culex pipiens*), á pesar de su pequeñez, es uno de los insectos mas incómodos que se conocen; bajo las sombras de las noches de verano, y especialmente al ponerse el sol, esto es, en el momento que creemos poder gozar de una deliciosa frescura, aparecen estos diminutos animalejos, que llegan á posarse sobre la piel mas delicada para profundizar en ella su

dardo sutil y hartarse de sangre, ó mas bien de los humores que saben extraer perfectamente. Este dardo, esta trompa de la cual están armados, es tan tenue que apenas se siente al principio su picadura. Y no se crea que los mosquitos penetran en nuestra piel toda su trompa, sino simplemente un pequeño estoque interior compuesto de cuatro hojas paralelas tan delgadas, que sería necesario un centenar de ellas para formar una aguja de las que llamamos de zurcir; pero entre las hojas de este estoque ó verduguillo, corre un veneno destinado á aumentar la irritacion para hacer afluir los humores. La accion de esta cortisima parte de veneno, determina al instante una hinchazon y una comezon que nos escita á rascar la epidermis herida; cuando las picaduras son numerosas, resulta de ello un sufrimiento real y una incomodidad grave, de suerte que en los paises calurosos donde la propagacion de las distintas especies de mosquitos se verifica de una manera tan rápida, han debido buscar los medios de preservarse de ellos, al menos durante la noche. Pero las cortinas de gasa y los mosquiteros de que se cubren mientras duermen, presentan un grave inconveniente, por que impiden la libre circulacion de aire y su renovacion, precisamente en una época en que se respira con tanta dificultad bajo una atmósfera cargada y sin movimiento. Lo mismo sucede con los vestidos de tela gruesa, que si bien preservan en parte de la picadura de los mosquitos, no pueden soportarse en el rigor del verano, y la trompa de estos insectos atraviesa sin mucho trabajo las ropas sencillas. El proverbio sobre los efectos del miedo del mal, puede aplicarse perfectamente á las crueles aprensiones que causa á las personas delicadas esta especie de guerra nocturna que es preciso sostener contra estos enemigos invisibles alados. Cuando una vez nos hemos espuesto durante la noche á las peligrosas visitas de los mosquitos, llegamos á estar tan atentos, que desde muy lejos distinguimos el ruido de sus alas, ruido tan agudo que ningan instrumento de música produce vibracio-

nes tan multiplicadas; y es tal la impresion que nos hace, que le sentimos no bien ha puesto sus invisibles pies en alguna parte de nuestro cuerpo.

«Los japones, durante la corta duracion de su verano, se ven todavia mas atormentados por los mosquitos que nosotros los que gozamos de regiones mas templadas; se defienden de sus picaduras frotándose el cutis con aceite ó grasa, y este hecho basta para explicarnos cómo ciertas personas que tienen los poros de su piel habitualmente obstruidos por una secrecion grasienta, raramente se ven espuestos a las heridas de los mosquitos, cuya trompa no puede atravesar el espesor de aquella piel. Pero aquellos que no gocen este privilegio natural ¿querrán hacer uso de la receta lapona? ¿Hay algun otro medio de evitar los ataques de este animal?... Tal vez. Podiéramos seguir el ejemplo que nos suministra la misma naturaleza, esto es, oponiendo la multiplicacion de otra especie de animales á la de los mosquitos. Veamos la manera. Estos insectos viven por lo comun en el agua durante los primeros periodos de su vida bajo la forma de pequeñas orugas y muy ágiles: entonces no tienen otro instinto que el de venir á respirar de vez en cuando á la superficie para recoger allí las partículas orgánicas que constituyen su solo alimento. En su consecuencia estos insectos son una gustosa presa para los peces, y por eso no se ven muchas larvas de mosquitos en las aguas donde abunda el desove de los erizos, de los gobios, de las carpas y de otros peces de igual género; al paso que los mosquitos pululan en las aguas desprovistas de peces ó en aquellas en que los sollos, las anguilas ó las aves acuáticas han quitado enteramente el desove destinado á contrabalancear la multiplicacion de los insectos; necesario es advertir que todas las aguas no se prestan igualmente á la propagacion de los peces; pero indiquemos otro medio para la destruccion de estos insectos. Cuando hayamos observado que en algun estanque situado cerca de nuestras habitaciones hormiguan larvas de mosquitos, se puede destruir de

un solo golpe esta raza peligrosa, deramando en la superficie del agua un poco de aceite, el cual se estiende formando una lámina muy delgada, que impide á los insectos de llegar allí á respirar. Este procedimiento se puede poner en práctica muy facilmente sobre los toneles de regadio en los jardines, pues es aqui precisamente donde se desarrolla el mayor número de los mosquitos.—Pues en estos reducidos depósitos de agua es donde es mas fácil estudiar las metamorfosis sucesivas del mosquito, asunto que ha escitado la admiracion de Suvammerdam, de Reamur y de los mas distinguidos naturalistas: acaso ningun otro ejemplo demuestra con mas claridad ni mas cumplidamente el fenómeno de las trasformaciones sucesivas de un animal acuático hervivoro en un insecto alado que vive esclusivamente de la sangre de los animales.—Si durante la estacion calorosa, se pusiese con una vasija un poco de agua en los toneles de regadio de un jardin, se veria flotar en la superficie montoncitos de huevos de mosquitos (fig. 1 y 2); son oblongos, reunidos de manera que forman una pequeña masa flotante, y tienen en su estremidad inferior una especie de gollote (fig. 3 y 4) siempre sumergido en el liquido. Tambien se ven en este agua millares de animalitos vivientes, algunos tan pequeños, que parecen á la simple vista granos de arena nadando acá y allá. Son tan diminutos que no pueden distinguirse sino con la ayuda del microscopio; tienen un color blanquizco, y se mueven por medio de sacudimientos: son pequeños crustáceos ó entomostraceos que con el socorro de un fuerte cristal de aumento se pueden ya distinguir lo bastante; otros en fin (fig. 5.), negruzcos, entrelargos, se mueven encorvándose alternativamente de un lado á otro para sumergirse en el líquido despues de haber respirado en la superficie: estas son las larvas y las ninfas de mosquito; estos del mismo tamaño, aquellas mas ó menos grandes segun su edad. Despues de su salida del huevo hasta su trasformacion en ninfa, estos pequeños seres no cesan de crecer cambian-

do de piel cuatro veces, sin cambiar por eso notablemente de forma.—La larva (fig. 6 y 8) se parece á una oruga, que en lugar de pies, tiene un copete de pelos en cada lado de sus diversos segmentos, de los cuales, el último aparece prolongado en un tubo respiratorio. La cabeza que es de un mediano grosor, está desprovista de ojos reticulares, y lleva dos cuernecillos encorvados y erizados (fig. 7.). La boca, en lugar de quijadas y de mandíbulas, tiene ambas paletas bordadas de pelos en forma de abanico;

por la agitacion de estos abanicos, se producen en el liquido los pequeños torbellinos destinados á llevar á la boca de estos animales las partículas orgánicas que flotan en el agua; el mismo fenómeno se observa en los rotíferos. Los tres primeros segmentos que siguen á la cabeza son mucho mas voluminosos y como soldados en una sola masa globulosa, representando el torax del insecto perfecto; pero los tres copetes de pelos introducidos lateralmente indican bastante que es una reunion de tres segmentos. Los ocho que

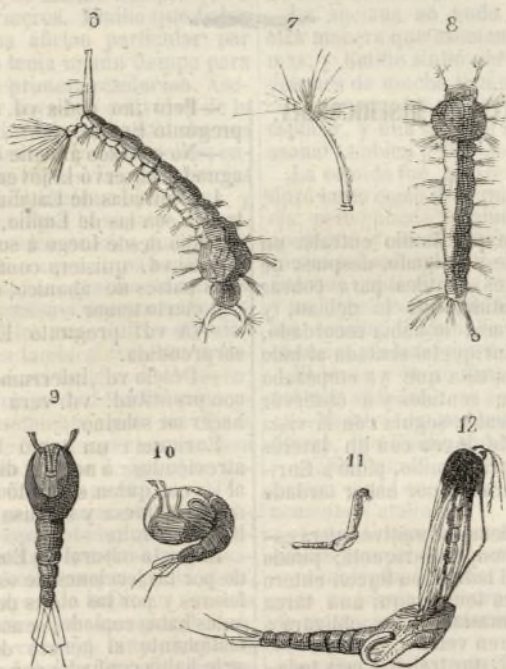


vienen despues, son mas estrechos, casi cilindricos é hinchados en el medio: el último tiene dos apéndices desiguales el uno inferior, guarnecido de largas sedas, contiene la terminacion del intestino, y hasta cierto punto es el último segmento abdominal; el otro, superior, mas largo, con direccion oblicua, es una especie de tubo respiratorio, destinado á aspirar el aire en la superficie del liquido. De la estremidad de este tubo, parten dos gruesos canales aeríferos que concurren paralelamente en todo el cuerpo de la larva, y dan nacimiento á canales mas delgados, ramificados en el in-

ferior y llevando el aire y la vida á todos los órganos. Este conjunto de canales llenos de aire hacen necesariamente la larva del mosquito mas ligera que el agua; por eso vuelve naturalmente y sin esfuerzo alguno á fijar su tubo respiratorio en la superficie del agua, donde queda suspendida la cabeza hacia abajo agitando sus abanicos hasta que un sacudimiento ó alguna otra causa le obliga á sumergirse en el liquido, lo que ejecuta encorvándose de un lado á otro con vivacidad. De suerte que el aire, ya necesario á la conservacion de los huevos, que se ven bogar en la superficie, no cesa de

ser indispensable á las larvas que salen de estos huevos por el gollete sumergido en el agua: ambas cosas, como las ninfas de que acabamos de hablar ó los mosquitos mismos, no tardarían en perecer si se les privase del contacto del aire. He aquí porque algunas gotas de aceite esparcidas en forma de lámina muy delgada sobre los estanques y los toneles de regadío, pueden bastar para destruir á la vez una multitud de mosquitos.—El huevo durante la estación calorosa, se abre á

los dos días; la larva que ha salido de él viene de diez á quince días, al cabo de los cuales, después de haber sufrido cuatro mudas con relación á su acrecentamiento sucesivo, se metamorfosea en ninfa (fig. 9 y 10). La ninfa del mosquito, como la crisálida de la mariposa, tiene una forma transitoria bajo la cual el insecto, por efecto de una elaboración interna y sin tomar alimento, cambia sus órganos de animal acuático con otros órganos apropiados á su vida aérea de mosca.



A espensas de los materiales preparados por la naturaleza en este cuerpo tan pequeño, llega á formarse, durante el corto intervalo de diez días, alas, piernas ojos, una trompa, y otra multitud de órganos de una delicadeza extraordinaria. Todo esto, no existe todavía al principio de la vida de ninfa

pero está como en un molde, trazado y medido de antemano por la infinita sabiduría del autor de todas las cosas. Con el auxilio del microscopio procuramos disecar la ninfa recién transformada; sus tegidos, sus órganos, aparecerán medio fluidos y casi sin estructura distinta, lo mismo que el

gérmen de los huevos; pero á medida que se vaya acercando el término de este periodo, los órganos se irán formando mas cumplidamente en el interior, hasta que al fin, llega el momento de la ultima metamórfosis y en la que el mosquito sale perfecto de esta envoltura, que él abandona al punto como un vestido ya fuera de su uso (fig. 11 y 12). Sin embargo, en la parte este-

rior de esta misma piel de ninfa, se distingue ya como un bosquejo grosero, el espacio de los ojos, de las alas, de la trompa y de los pies, son otras tantas partes en relieve que indican el conjunto de sustancias vivientes que acaban de modelarse interiormente.

(Se continuará.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LAS ANCORAS DE MISERICORDIA.

III.

Una noche que Emilio entraba en su casa triste y fatigado, despues de muchos viages inútiles para cobrar una corta cantidad que le debian, y que su desgracia le habia recordado, encontró á Enriqueta sentada al lado de la enferma; esta que ya empezaba á recobrar sus sentidos y á observar cuanto le rodeaba, seguia con la vista el trabajo de la jóven con un interés lleno de ternura. Emilio, pidió á Enriqueta le disimulase por haber tardado tanto.

—¡Oh! no tiene vd. motivos para excusarse, respondió Enriqueta; puede vd. dejarme al lado de su tia con entero descuido, pues tengo aqui una tarea que urge demasiado y me obligará á pasar la noche en vela.

—¿Tiene vd. que trabajar mas todavía? preguntó la enferma... ¡Oh! esta niña es muy laboriosa, se fatiga demasiado.—Ha estado muy bien... pero las desgracias...

—Es preciso, respondió Enriqueta, que no levantaba los ojos de su labor temiendo perder un instante; si yo no concluyese hoy el trabajo que me han señalado, buscarian á otra, y ¿qué seria de mí entonces?

—Pero ¿no podia vd. ser ayudada? preguntó Emilio.

—No conozco á nadie que pinte á la aguada, observó la jóven.

Las miradas de Catalina se encontraron con las de Emilio, y este comprendió desde luego á su tia.

—Si vd. quisiera confiarme uno de esos paises de abanico, dijo el jóven con cierto temor.

—¿A vd? preguntó Enriqueta algo sorprendida.

—Déselo vd., interrumpió la enferma con prontitud: vd. verá lo que sabe hacer mi sobrino.

Enriqueta un tanto temerosa, no atreviéndose á negar, dió un abanico al jóven, quien se sentó al otro extremo de la mesa y se puso á pintar sobre la marcha.

El gusto natural de Emilio, cultivado por las lecciones de excelentes profesores y por las obras de pintura que antes habia copiado, se acomodaba perfectamente al género de trabajo que se le habia confiado; por eso Enriqueta no pudo menos que quedar sorprendida al ver un resultado tan excelente; esto no fué solo un entretenimiento para el presente, sino una leccion que debia serle muy útil para el porvenir. Animado Emilio con el buen éxito de su trabajo, propuso pintar otro abanico en presencia de la jóven, á fin de que ella pudiese seguir su mismo método y comprender sus procedimientos.

los. Enriqueta aceptó gustosa, pero despues de haber estado observando con mucho cuidado, confesó que necesitaba más lecciones para adquirir aquella facilidad y maestria con que Emilio manejaba el pincel; el jóven propuso volver á comenzar tantas veces como ella deseara, y sostuvo su palabra poniéndose á trabajar con ardor á la mañana siguiente.

Esta especie de curso práctico verificado al lado de la cama de la tia Catalina, quien ya se hallaba á principios de su convalecencia, tuvo por resultado, distraerla al mismo tiempo que á sus dos enfermeros. Emilio que habia adquirido una aficion particular por el trabajo, no tenia ni aun tiempo para pensar en su primera resolucion. Asociado á pesar suyo á la actividad de la hija de don Gerónimo, escuchaba sus proyectos y tomaba parte en ellos; entraba cada dia mas en las confidencias de aquella alma ingénua y serena, y sentia á la vez, que la suya se espansionaba; era como un aire puro que le refrescaba la sangre, una especie de contagio benéfico, gracias al cual, el orgullo y el egoismo desaparecian para dar paso á las mas dulces emociones. Entonces tambien comenzó á observar la modesta belleza de la jóven; una imágen ciega de felicidad preocupaba su pensamiento, pero sin fijeza positiva; es decir, sus ojos comenzaban á abrirse, pero la hora de la luz no habia llegado todavía para él.

Sin embargo, la curacion de Catalina se habia completado; ya hacia algunos dias que se levantaba, y ultimamente dijo el médico que podia salir.

Emilio la ayudó á bajar los ochenta y tres escalones que la separaban de la calle, y la condujo muy despacito hasta llegar al Retiro; la convaleciente estuvo allí largo tiempo sentada respirando con placer el aire perfumado, calentando al sol sus miembros que se habian entumido, y tomando, por decirlo así, posesion de la vida; ultimamente Catalina se decidió á regresar á su modesta morada con un suspiro de sentimiento.

Pero al entrar en la habitacion no pudo menos que quedar estupefacta,

porque Enriqueta se habia aprovechado de su ausencia para limpiar el cuarto y adornar de flores la cómoda de nogal, y encender el brasero, á un lado del cual aparecia una mesa con cuatro cubiertos y servida con la abundancia que permitia la modesta posicion de aquella buena gente. La jóven se aproximó á Catalina que se habia quedado inmóvil á la entrada, y tomándola del brazo, la dijo:

—Venga vd., amiga; su convalecencia, es hoy para nosotros un dia de festejo; tanto mi padre como yo hemos querido celebrarla.

La anciana no pudo responder de otra manera que asomando sus lágrimas; y Emilio sintió por primera vez, despues de mucho tiempo, una emocion en su pecho que no acertaba á esplicar, y una lagrima inadvertida se asomó tambien á sus ojos.

La comida fué alegre y animada y duró tanto como lo permitia la prudencia; pero cuando Catalina entró en su aposento y se metió en la cama, encontró sobre la mesa de labor una bolsita que contenia seis monedas de oro, y un papel en el que Enriqueta habia escrito: *Precio de los paises de abanicos pintados por don Emilio.*

El jóven y la anciana se dirigieron mútuas miradas.

—Nosotros no podemos aceptar ese dinero, dijo Emilio ruborizado.

—¿No hemos nosotros aceptado el tiempo y sus cuidados? preguntó dulcemente Catalina.

—¡Ah! tiene vd. razon! exclamó Emilio con una emocion en la que el reconocimiento luchaba con su orgullo; pero no tenemos ahora ningun medio de mostrarnos reconocidos á tanta generosidad.

—¿Por qué? preguntó la anciana.

—¿Se ha olvidado vd. de nuestra pobreza?

Catalina entonces le cogió las dos manos y dijo:

—Emilio; el que ha podido ganar estas seis piezas de oro en pocas horas, no puede llamarse pobre.

El jóven se estremeció y miró en silencio; pero á la mañana siguiente, se puso á trabajar desde que asomó el dia

y continuó por espacio de muchas[semanas con tal perseverancia que nada dejaba que desear.

Este trabajar asiduo le proporcionó pagar lo que habia dejado á deber durante la enfermedad de su tia Catalina, y reunir ademas la cantidad necesaria á su proyecto. Una noche en la que Enriqueta entró en el cuarto que habita, apercibió encima de su cómoda un elegante reloj de mesa, á semejanza de los que se usaban en tiempo de Felipe III, y cerca de él un papelito en el que Emilio habia escrito: *Una convaleciente á su enfermera.*

En vano la jóven se quejó de la riqueza del presente, queriendo rehusarle; Catalina la respondió que ella habia reportado con su asidua asistencia un bien mas precioso, al mismo tiempo que habia contribuido mucho para que Emilio conociese el gusto y la posibilidad del trabajo.

Las costumbres del jóven habian variado completamente. Su ardor hasta entonces disipado en placeres ficticios y en locas pasiones, habia comenzado á transitar por la senda del deber; habia gustado aquella alegría de la primera ganancia legitima; y se sentia capaz de ocupar un lugar en el mundo; de sostenerse con su trabajo, y de ser en fin, un hombre, verdaderamente digno de este nombre. Aplicado todo el dia á su pintura, oia cantar á Enriqueta en la habitacion inmediata, y sonar la hora al reloj que él le habia regalado; eran, pues dos voces amigas que alegraban y median su trabajo, y cada vez le iban siendo mas necesarias; no se encontraba fuerte ni contento sino á esta condicion. La jóven que le habia señalado esta vida sin remordimientos, era su estrella polar; sentia la necesidad de verla para dirigirse, para persistir en su camino: reunidos todas las noches en la habitacion de la tia Catalina ó en la de don Gerónimo, padre de Enriqueta, se entregaban á la lectura de obras morales y entretenidas con lo cual distraian su imaginacion. Nunca Emilio se habia encontrado tan dichoso. Su caja de pistolas colocada en la tabla mas alta de su pequeño estante de libros, se

hallaba llena de polvo y completamente olvidada. Todos los recuerdos que le habian hecho presente su existencia de otro tiempo, se habian borrado esta vez, y nuevos gustos le habian convertido en un hombre enteramente nuevo.

Un dia que estaba ocupado en acabar un abanico de gran precio, sobre el cual agotaba toda la ciencia de su arte, don Gerónimo entró en el aposento del jóven, y cerró en seguida la puerta con especial cuidado; parecia estar pesadoso y de muy mal humor.

—Yo vengo á pedir á vd. un favor, vecino, dijo á Emilio que alzó la cabeza al punto.

—¿A mí? preguntó el jóven; como yo pueda, amigo don Gerónimo, considérelo vd. hecho.

—Si, respondió el cesante, me consta que es vd. un amigo verdadero, y esto me ha decidido á acudir á vd... se trata de don Ricardo Santos, ese jóven abogado que vd. habrá visto algunas veces en mi casa.

—Con efecto, recuerdo haberle visto algunas veces en su casa de vd.

—Es un buen muchacho, continuó don Gerónimo, muy trabajador y puede hacer honor á cualquier familia.

—Y bien.

—Bueno, pues este muchacho me ha pedido la mano de Enriqueta.

—¿Y vd. ha consentido en ello? preguntó Emilio palideciendo.

—Como vd. lo dice, un buen marido no es una cosa tan comun para rehusarle cuando viene á ofrecerse.

—Pero ¿y su hija de vd.? preguntó el jóven con voz temblona.

—¡Ah! he aquí mi negocio, contestó don Gerónimo; ¿Creerá vd. que á la primer palabra que le he dicho sobre el particular se ha echado á llorar?

—¿Quién, Enriqueta?

—Enriqueta, si señor... Me ha sido imposible entrarla en razon. Por mas que la he dicho que el tal don Ricardo es un bonito muchacho, muy laborioso y demas, á todo me responde: «es verdad» y continua llorando. No hay medio de hacerla arrancar una palabra para que manifieste el motivo de su oposicion.

—¿Y de qué puedo yo servir?

—Voy á decirselo á vd., vecino; mi hija profesa á vd. una grande amistad, y si vd. le dijera que este casamiento la convenia, tengo el presentimien-

to que desde luego consentirá en casarse.

—¿Y vd. quiere que yo la hable de eso?

—Con tal que no tenga vd. ningun



inconveniente... vd. comprende que el cuidado de mi hija es una carga para mí, y que deseo verla bajo la protección de un hombre de bien, á fin de que no tenga nada que temer á mi lado.

Emilio dió la mano al empleado y le dijo:

—Tenga vd. la bondad de estarse un rato con mi tia Catalina, que dentro de un momento yo estaré de vuelta y todo quedará decidido.

Pocos minutos despues, Emilio y Enriqueta se paseaban del brazo por uno de los corredores de la casa; pero nadie supo lo que hablaban, y al cabo

de una hora, el jóven entró acompañado de Enriqueta en el cuarto de Catalina. Ella tenia los ojos encarnados de llorar, y aunque llevaba la cabeza baja, dejaba entrever cierta sonrisa de satisfaccion. Emilio dijo dirigiéndose á don Gerónimo.

—Amigo mio, vd. habia elegido para su hija un esposo que merecia; mas ella tambien por su parte ha hecho su eleccion.

—¿A quién ha elegido? preguntó don Gerónimo con sorpresa.

—A un triste y desesperado á quien ella ha devuelto la alegria, á un ocioso y corrompido en quien ha sabido despertar la idea del deber.

—¿Cómo! ¿á tí? interrumpió Catalina.

—A mí, sí señora, á mí, que la amo hace mucho tiempo y prometo á su buen padre, ser tan buen marido co-

mo don Ricardo, y tan laborioso como él.

Los amantes se avanzaron al cesante, el cual los recibió en sus brazos.

—Vamos, dijo despues de este primer instante de ternura; prefiero este proyecto, es decir, este enlace al que tenia premeditado.... Es una verdad.... Dios arregla las cosas mejor que nosotros.

—Sí, exclamó Emilio, pues lo que nosotros miramos como una desgracia es á veces un medio de salvacion. Cuando yo creia que era cierto mi naufragio, la Providencia me ha enviado al punto dos *áncoras de misericordia*: á mi tia Catalina y á Enriqueta.

Jamás desesperemos de nuestra suerte, pues tan cierto es que al lado de la desgracia suele nacer la dicha, como que el trabajo purifica el corazon de vicios.



CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

CHISTOSO VIAGE

DE JHON GILPIN.

Jhon Gilpin era un ciudadano de crédito y buena reputacion, y ademas capitán de la milicia ciudadana de la famosa ciudad de Lóndres.

La muger de Jhon Gilpin, dijo á su querido esposo.

—Hace mas de veinte años que estamos casados y no hemos disfrutado un solo dia de festejo. Mañana es el aniversario de nuestro casamiento; quiere decir, que mañana iremos á la hospederia de la Campana en Edmonton en un carruage de dos caballos. Mi hermana, el hijo de mi hermana, yo y nuestros tres hijos, seremos bastantes para llenar el coche; tú nos seguirás á caballo.

Y Gilpin respondió al instante.

—De todo el sexo femenino yo no admiro mas que á una muger, y esta muger eres tú, querida mía, y por esta razon quiero que se cumplan tus deseos. Yo soy un famoso comerciante de paños, como todo el mundo sabe, y mi buen amigo el fabricante me presará su caballo.

Muy bien pensado, respondió la esposa de Gilpin; y como el vino de la hospederia puede alli costarnos caro, llevaremos del nuestro que es claro y tiene hermoso color.

Jhon Gilpin dió un abrazo á su amable esposa, encantado de ver que en el mismo instante que se entregaba al atractivo de los placeres, pensaba tambien en la economia.

Vino la mañana del siguiente dia; el coche vino tambien; pero la esposa de

Gilpin no quiso que se parase en frente de su puerta, temiendo que la vecindad la criticase de orgullosa.

El coche se detuvo, pues, tres puertas mas arriba; alli pasó la familia reunida; eran seis personas; seis almas encantadoras; subieron al coche, y grandes y pequeños se encajonaron alegremente.

Sonó el chasquido del látigo; rodaron las ruedas; nunca se vió gente mas dichosa; el pavimento retumbaba ruidosamente, como si todo el barrio hubiese perdido la cabeza.

Jhon Gilpin se aproximó á su caballo, echó mano á la brida, puso el pie en el estribo cabalgó deseoso de partir; pero al instante volvió á bajar porque apenas se habia puesto sobre la silla y se dispuso á comenzar su viage, volvió la cabeza y vió tres parroquianos delante de su tienda. Al instante echó pie á tierra, pues aunque le asfigia el retraso, la pérdida de una ganancia le hubiera sido mas sensible todavia.

Trascurrió una hora larga y los parroquianos no encontraron en su tienda lo que buscaban: cuando concluyeron se dispuso á partir Gilpin; pero una criada llamada Betti bajó las escaleras de cuatro á cuatro escalones gritando:

—¡Señor, señor, el vino se le ha olvidado!

—¡Dios mio! exclamó Gilpin; tráemele; tráeme tambien mi cinturón de cuero y mi espada; la espada que llevo cuando voy al ejercicio.

La esposa de Gilpin, aquella alma previsora, habia preparado dos buenas botellas de asperón muy convenientes para trasportar sano y fresco el precioso licor que á ella tanto le gustaba.

Cada botella tenia un asa, por las

cuales pasó Gilpin su cinturón, y dejó pendiente una botella en cada cadera, por respeto á las leyes del equilibrio.

Después de haberse equipado de pies á cabeza, se puso su famosa capa encarnada bordada y resplandeciente. Subió por segunda vez sobre su generoso corcel, que al principio tomó un paso grave y prudente; pero no bien sintieron sus herraduras un camino más fácil, el animal empezó á trotar y Gilpin á saltar sobre la silla.

—Basta, basta, despacito, dijo Gilpin pero Gilpin hablaba en vano; el trote se cambió en galope.

Entonces el rechoncho ginete, inclinándose hacia adelante no pudiendo mantenerse derecho, cogió las crines con ambas manos, y apretó sus muslos contra los hijares del caballo con toda su fuerza.

El caballo de Jhon Gilpin que jamás se había visto montado de aquella manera, comprendió menos lo que llevaba sobre su lomo, y Gilpin, bien á su pesar, galopaba tan furiosamente, que su sombrero y su peluca no pudieron seguirle: seguramente al salir de su casa no pensó Gilpin que presentaría al público con su persona una figura tan ridícula.

El viento soplabá; su capa encarnada flotaba en el aire á guisa de bandera, mas al fin los corchetes y los botones cedieron, y la noble capa cayó volando al suelo.

Entonces todos los transeúntes vieron con asombro y risa las dos botellas de asperón que colgaban del cinturón de Gilpin, y que se agitaban como dos badajos de campana sobre sus caderas.

Los perros ladraban, los chicos gritaban, los balcones y las ventanas se abrían, y todos, en fin, exclamaban «¡bravo!!» con toda la fuerza de sus pulmones.

Gilpin no cesaba de galopar; la noticia de su carrera se esparció por aquellas cercanías y cada uno la explicaba á su manera. «Es un asunto de consecuencias» decían unos. «Es una apuesta de mil libras esterlinas» decían otros. Era maravilloso ver, aun cuando le apercebían desde muy lejos, co-

mo todo el mundo abría sus ventanas y balcones; pero como Gilpin inclinaba mas y mas su cabeza inundada de sudor sobre el pescuezo del caballo, las dos botellas de asperón se chocaron la una contra la otra en sus espaldas, y de repente se rompieron. Regose el camino de vino, ¡triste espectáculo!, y las ancas del caballo, bañadas con aquel precioso licor, exhalaban al aire un odorífero vapor.

Sin embargo, el cinturón de cuero daba todavía á Gilpin cierto aire de importancia, pues se veía con notable sorpresa á los dos golletes de las botellas balanceando en sus caderas.

De este modo tan extraño atravesó el alegre Istigton, y no pasó mucho tiempo sin que se encontrase en medio de los pantanos del gracioso Edmontón, y á su paso hacia salpicar el agua cenagosa asustando á los patos que por allí andaban. Su amable esposa, le esperaba impaciente en Edmontón en el balcón de la hospedería; miró á lo lejos y no pudo menos que llenarse de admiración cuando vio á su tierno esposo galopar con tanta furia.

—¡Detente Gilpin, detente! Esta es la hospedería, detente, que ya está servida la comida, comenzó á gritar toda la familia: no corras mas que tenemos mucha hambre.

—Y yo tambien, murmuraba el ginete sin poder sujetar su fogoso animal.

Ciertamente su caballo no se hallaba dispuesto á detenerse ¿y por qué? voy á decirlo. Porque su dueño el fabricante tenía una casa de campo algo mas allá de la hospedería, y semejante á una flecha disparada por el mas robusto arquero, el caballo continuaba su carrera sin parar; y Gilpin gritaba *soo*, y Gilpin maldecía su suerte; mas al fin el caballo llegó á la puerta de la referida casa de campo y se paró al instante.

El fabricante de paños, admirado de ver á su vecino en un traje tan extraño, sacó su pipa de la boca, acudió á la puerta del jardín y le dirigió este discurso.

—¿Qué nuevas hay? ¿Qué noticias

me traeis? Hablad, hablad en nombre del cielo! ¿Por qué habeis llegado hasta aquí sin peluca? ó mejor dicho, ¿por qué habeis venido?

Jhon Gilpin tenía un carácter jovial y le gustaba mucho encontrar una ocasión para chancearse y por eso contestó el fabricante de la siguiente manera.

—Yo he venido mi querido vecino, porque vuestro caballo ha querido venir, y espero que mi peluca y mi sombrero no tarden en llegar, puesto que han quedado en el camino.

El fabricante admirado de ver á su amigo de tan buen humor, volvió á entrar en su morada sin decirle una palabra; pero bien pronto apareció con una peluca en la mano y un sombrero que aunque estaba muy usado, no dejaba de ser un sombrero; además ambas cosas eran buenas en su género. Agitó las dos cosas en el aire, y queriendo á su vez demostrar la agudeza de su entendimiento, dijo.

—Vuestra cabeza es al doble mas chica que la mia, de manera que entrará perfectamente en mi peluca y en mi sombrero; pero permitid que primero limpie el polvo y el lodo que cubren vuestra cara... Descansad un momento y comed alguna cosa, pues debéis tener hambre.

Jhon respondió.

—Hoy es el aniversario de mi casa: agitó: ¿qué diria la gente si mi mujer comiese en Edmonton mientras que yo comia en esta casa de campo?

En seguida se volvió hácia su corcel, y subiéndose sobre su lomo, le dirigió estas palabras.

—Tengo necesidad de ir pronto á comer: por tu gusto he venido hasta aquí, ahora vuelve á Edmonton por el mio.

—¡Oh funestas palabras! Discurso que costó muy caro á su autor.

Apenas dijo estas palabras cuando un asno que pacia en un soto vecino hizo resonar su voz sonora, y el caballo, como si hubiese escuchado el rugido de un leon, empezó á trotar asustado y despues galopó como antes. Gilpin se desesperó de nuevo, y el sombrero y la peluca volaron mas pronto

que la primera vez... ¿Por qué? Porque el fabricante tenia la cabeza muy grande.

Cuando la esposa de Gilpin vió venir á su marido siempre corriendo á la posta y dado á los diablos, sacó de su bolsillo una moneda, y dándosela al joven postillon que la habia conducido á la hospedería de la Campana, le dijo.

—Esta moneda es para ti, si me traes aquí á mi marido sano y salvo.

El jóven postillon montó á caballo, y á los pocos momentos se halló frente á Jhon Gilpin que corria encima del caballo boca abajo y cogido de las crines: con mano atrevida quiso asir la brida, pero á pesar de toda su destreza y todo su deseo, no pudo coger nada, y no hizo otra cosa que asustar mas al caballo y hacerle correr con mas violencia.

Gilpin, continuó, pues, su galope, y el caballo del postillon galopaba detrás, libre y dichoso por no sentir las ruedas del carruaje á cuyo ruido estaba acostumbrado. Seis caballeros que estaban en el camino, viendo á Gilpin que corria tan furioso y al postillon en su seguimiento, comenzaron á gritar:

—¡Al ladrón! ¡al ladrón! ¡Detened á ese saltador de caminos!

Este era el grito mas fuerte y todos aquellos que pasaban á pié ó á caballo, se reunian y perseguian gritando á Jhon Gilpin.

Las ventanas se abrieron de nuevo, y los empleados de los caminos cada vez estaban mas convencidos de que se trataba de una apuesta á la carrera.

Y con efecto, era una carrera en que Gilpin fué declarado vencedor; llegó á la gran ciudad, y el caballo no se detuvo sino á la misma puerta de donde habia salido.

He aquí el viage de Jhon Gilpin, tal y como lo refiere el poeta inglés Cowper.

MANIAS Y ALUCINACIONES DE ALGUNOS GRANDES HOMBRES.

No obstante lo incompletos que aparecen los primeros pensamientos

de Pascal, es tanto su brillo, que no se sabe que admirar mas, si la profunda razon ó la elocuencia sublime que en ellos se encuentra. A pesar de las lagunas y el defecto de transiciones que se advierten, se vislumbran el vigor y la unidad como en una obra perfectamente acabada.

Pues bien, este hombre admirable, una cabeza tan fuerte, tenia en el mundo su flaco; todos saben que en los últimos dias de su vida creia ver á todas horas un precipicio á su lado, y su imaginacion turbada por un peligro imaginario, estraviaba su razon. Llevaba á tal extremo la observancia de las prácticas religiosas, que absolutamente se negaba á admitir los servicios de ningun criado, por creer que ningun hijo de Jesucristo debia servir á otro; llevaba ceñido un cilicio con puntas de hierro, para llamar, decia, su atencion sobre si mismo y reprimir los movimientos interiores de amor propio, á los cuales se sentia espuesto en la conversacion...

El ejemplo de Pascal no es el único; pues en lo general alcanza á los mas grandes talentos. Sin embargo, las enfermedades morales tienen por lo menos de bueno, que el que las padece no cree hallarse en un estado normal. Proviene por lo comun de exceso de trabajo, ó segun los sectarios de Gall, de ciertas protuberancias demasidamente marcadas en la parte superior de la cabeza... Podriamos citar infinidad de manias de hombres grandes; pero nos limitaremos á las siguientes:

El célebre Cujas estudiaba, y pretendia no poderlo hacer de una manera fructuosa, sino acostado en una alfombra, boca abajo y rodeado de libros.

El historiador Mezerai se habia impuesto la ley de no trabajar sino con luz artificial, aun en medio del dia en lo mas rigoroso del verano; y como estaba en la creencia de que á semejante hora no alumbraba el sol en la tierra, salia á despedir á los que le visitaban con una bugia en la mano.

Varillas permaneció 34 años encerrado en un aposento para estudiar mas á su placer la filosofia y la historia. Desheredó á su sobrino por ha-

berle escrito una carta sin ortografia.

Era tal la pasion del filósofo Baisle por los volatines y los polichinelas, que aloir el tambor ó la trompeta con que se anunciaban, todo lo abandonaba; libros, amigos, el alimento, los asuntos ó las meditaciones; repartia sendos codazos á la muchedumbre para colocarse en el mejor puesto, siendo el último que abandonaba esta diversion, para él la mayor de todas.

EL NIÑO Y LA MARIPOSA.

FABULA.

Enamorado un rapaz,
de los preciosos colores
de una linda mariposa
á cogerla se dispone.
Con infatigable anhelo,
un punto de acecho escoge,
y el insecto volador
libando infinitas flores,
sobre una encarnada rosa
tranquilamente paróse.
El astuto cazador,
acude al punto veloce,
y cubre con su sombrero
la mariposa, que entonces,
dando á su vuelo otro giro,
burló la astucia del jóven;
y en una frondosa rama
medrosa su cuerpo esconde.
Sigue el niño pertinaz;
al insecto avalanzóse,
y con extrema violencia
entre sus manos la coge;
pero espirando.... ¡Oh dolor!
El niño apesadumbróse,
y el moribundo animal
diz que dijo estas razones:

«Comprende en mi desventura,
«y en lo que acabas de hacer,
«lo que debes aprender
«para tu vida futura.
«Es el deleite una gloria,
«cuya huella es el dolor;
«si le sigues con ardor,
«morirá con tu victoria.

Traducida del inglés,
I. A. BERMEJO.